

sagrado corazón. Allí, inaccesibles á las pasiones que perturban la tierra, á los deseos insaciables que abrasan y secan el corazón de los mortales, gustan en el amor de su Salvador y á la sombra de su omnipotente brazo un reposo inalterable, un pasto delicioso y la certidumbre de una eterna felicidad.

PUNTO II.

EL GRANO DE MOSTAZA FIGURA DE LA IGLESIA.

Aplicemos ahora la parábola á la Iglesia de Jesucristo sobre la tierra.... ¿Qué cosa hubo jamás mas débil en sus principios por el número y por la calidad de las personas que la componían, por la humildad de su fe, por la dulzura de sus máximas, por la severidad de su moral, por el desprecio que de ella han hecho los hombres y por las persecuciones que le levantaron los tiranos, y bajo las cuales se mantuvo largo tiempo como sepultada? No obstante esto, este grano de mostaza brotó, creció de siglo en siglo, se hizo un árbol majestuoso, que extendió sus ramas hasta los últimos términos de la tierra y ha cubierto el mundo entero con su sombra: bajo de esta sombra los mas poderosos monarcas han puesto sus cetros y sus coronas, y han encontrado en la humildad del Evangelio una gloria mas sólida que la que rodea sus tronos. Bajo de esta sombra los mas sublimes ingenios han abatido su espíritu y sus luces, y en la sumisión de la fe han hallado verdades de mayor consuelo que las que formaban el objeto de sus vanas especulaciones; bajo de esta sombra los mas insignes pecadores han sacrificado su corazón y sus pasiones, y en los rigores de la penitencia han hallado delicias mas puras que las que buscaban en los caminos de la iniquidad. Retrómonos, pues, tambien nosotros á la sombra de este árbol divino, coloquemos nuestra gloria en la práctica del Evangelio, nuestra ciencia en la sumisión á la Iglesia y nuestra felicidad en la mortificación del corazón.

PUNTO III.

EL GRANO DE MOSTAZA FIGURA DE LA GRACIA.

Se puede tambien aplicar esta parábola á la gracia de Jesucristo en nuestros corazones.... La primera gracia que comienza nuestra conversion y la obra de nuestra salud, es á las veces como imperceptibles. Un pensamiento bueno, una santa inspiracion, un impulso secreto, una palabra que tenga relacion á Dios, ó leída u oída, un accidente, un buen ejemplo, una resistencia á

la tentacion, una huida del mal, un paso hácia el bien en el camino bueno, y muchas veces no es necesario mas. ¿Qué aumentos no recibe esta primera gracia cuando le somos fieles? Ella crece, se fortifica, se extiende, produce virtudes sin número, virtudes sublimes, virtudes sólidas que forman el ornamento y la edificación de la Iglesia. ¡Cuántas almas van á reposar y á sustentarse debajo de los ramos de este árbol fértil! Allí encuentran consolacion, consejo, vigor, fuerza, espíritu. ¡Ah! si supiésemos dónde nos puede conducir aquel buen movimiento que nos solicita, aquella vocacion de Dios que nos llama, si supiésemos los designios de Dios sobre nosotros, todo el bien que quiere hacer por nuestro medio y el alto punto de santidad á que llegaríamos si quisiéramos escuchar su voz, nos guardaríamos muy bien de resistirle..... Pero ¡ay de mí! ¡cuántas veces nos ha ofrecido Dios esta gracia y la hemos desechado! ¡Ah! seamos mas sabios en adelante; cojamos este precioso grano que nos ofrece aun su misericordia, sembrémoslo en el campo de nuestro corazón, cultivémoslo con diligencia, por pequeño que sea, y por pequeño que nos parezca, él es el origen de cuanto puede tener de grande todo el mundo.

PETICION Y COLOQUIO.

Vuestros caminos, oh Señor! y vuestros designios están muchas veces escondidos. ¡Ah! haced, pues, que yo jamás desprecie ni las instrucciones de que os servís para mi salvacion, ni los medios que empleáis para mi conversion. Si, oh Dios mío! respetaré todo aquello que vendrá de vos y de todos aquellos que me hablarán en vuestro nombre. Seré fiel para hacer producir en mi corazón la primera semilla de vuestra gracia: emplead, oh divino Jesús mío! para establecer sólidamente en mí vuestro reino, el mismo poder que implorásteis para extender vuestra Iglesia por toda la tierra. Haced que como este grano de mostaza, esto es, humilde como vuestros primeros discípulos, pequeño á mis propios ojos y contento de serlo á los de los hombres, profundamente humillado y aniquilado de un sumo desprecio de mí mismo, llegue á ser un árbol radicado por la caridad y por la humildad en el campo de vuestra Iglesia, y digno de ser un día transplantado á la habitacion de vuestra gloria. Amen.



MEDITACION CXV.

PARABOLA DE LA LEVADURA.

San Mateo, c. XIII, v. 33, 35.—
San Marcos, c. IV, v. 33, 34.

Esta parábola admite dos sentidos: considerémoslos sucesivamente, y observemos en último lugar la profecía de todas estas parábolas.

PUNTO I.

PRIMER SENTIDO DE ESTA PARABOLA.

“Les dijo otra parábola: Es semejante el reino de los cielos á la levadura que tomándola una mujer, la esconde en tres medidas de harina, hasta que todo se fermenta.”

Esta parábola indica la predicacion evangélica, acompañada de los dones del Espíritu Santo. La sabiduría de Dios ha colocado el Evangelio en la Palestina, en aquella tierra de promision y de bendición; allí empezó á fermentar esta preciosa levadura, de allí se esparció la fermentacion por las tres partes del mundo que entonces eran conocidas; las que Jesucristo quiso acaso indicar con las tres medidas de que especificó el número. Este mundo, llevado de su peso hácia la tierra, que no conocia otros bienes que los de la tierra y no adoraba otros dioses que ídolos de metal y de piedra, se desconcertó y se levantó sobre sí mismo; ha renunciado á sus pasiones; ha hecho pedazos sus dioses; ha adorado á su Criador; ha reconocido su Salvador; ha revuelto sus miras hácia el cielo, y ha trabajado para merecerlo con sus virtudes. ¡Qué milagro, qué prodigio de la omnipotencia de Dios! Dura aun la fermentacion, se ha esparcido por el nuevo mundo, y durará hasta tanto que el mundo entero sienta sus saludables efectos y se complete el número de los escogidos. Promoved, oh Señor! esta grande obra, sostened vuestra Iglesia, que ha recibido de vos esta preciosa levadura y se emplea toda en esparcirla por todas partes. Dadle operarios fieles, capaces de promover sus caritativos deseos, y á nosotros, corazones dóciles, que recibán esta levadura con solicitud, que teman á las que y que la dejen obrar segun toda su fuerza y su eficacia.

PUNTO II.

DE OTRO SENTIDO DE ESTA PARABOLA.

Se puede aplicar esta parábola al pan eucarístico que la Iglesia nos da é introduce en nos-

otros como una levadura que debe santificar las tres potencias de nuestra alma, todos los sentidos de nuestro cuerpo y todas las acciones de nuestra vida; que debe penetrarnos, cambiarnos, unirnos con nosotros y trasformarnos en él, hacernos con él una misma carne y un mismo espíritu, haciéndonos un pan místico, digno de la mesa de Dios. ¡Ah! ¡y cuán lejos estoy de sentir en mí estos divinos efectos! Estoy siempre encorvado hácia las cosas de la tierra, siempre tibio, siempre lánguido para las cosas de Dios. ¿Si habrá acaso en mí alguna mala levadura contraria á esta, alguna pasion que jamas he mortificado, algun mal hábito de que no me he despojado, algun pecado de que jamas me he arrepentido ni he detestado? Quitad vos, Salvador mío, toda levadura mala de mi corazón, para que enteramente se abandone á la operacion divina de vuestra gracia y de vuestro sacramento.

PUNTO III.

DE LA PROFECIA DE TODAS ESTAS PARABOLAS.

“Todas estas cosas habló Jesús á las turbas por parábolas, y no les hablaba sin parábolas.... Segun que podian oír: para que se cumpliese lo que fué dicho por el profeta: abrí mi boca en parábolas; manifestaré cosas escondidas desde la fundacion del mundo.... Pero cuando estaba aparte con sus discípulos, se lo declaraba todo....

Las parábolas de Jesucristo eran profecias, y por una disposicion admirable de la sabiduria divina estaban tambien profetizadas, para que por una maravillosa union de los dos Testamentos, cada uno viese que la religion es una obra de Dios, que abrazaba todos los tiempos y que se extendia desde el principio hasta el fin de los siglos: Jesucristo en el establecimiento de su Iglesia y en el progreso de su Evangelio, anunciaba sucesos increíbles, y que parecian inverosímiles; hablaba á un pueblo que ciertamente no se hallaba en estado de comprender estas parábolas, ni dispuesto á creer los sucesos que anunciaban: por otra parte, se necesitaba que estos acontecimientos hubiesen estado profetizados para que no pareciesen efectos del acaso.... El Salvador, pues, estaba obligado para no exponer estas verdades al desprecio y al escándalo de sus oyentes, á proponerlas debajo de figuras y de emblemas que ellos no podian penetrar, y se reservaba el declarar su sentido á sus discípulos, mejor dispuestos y mas dóciles. Lo mas admirable es que esta misma disposicion del pueblo, este temperamento que usa el Salvador para con él, su bondad en el instruir sus discípulos, y por ellos á su Iglesia para todos los siglos,

1 Psal. LXXVII, v. II.

todo esto se halla predicho.... Pero nosotros nos hallamos ya en circunstancias mucho más favorables; nosotros vemos el cumplimiento de las profecías de Jesucristo, su conexión con las profecías antiguas, el encadenamiento de los sucesos acaecidos sobre la tierra, que han señalado la potencia y la sabiduría de Dios y nos enseñan la profundidad de sus eternos consejos. ¿Puede haber para el espíritu del hombre un espectáculo más maravilloso y más divino? ¡Ah! ¿dónde está nuestra fe, nuestra gratitud y nuestro amor?

Jesús hablaba según la capacidad del pueblo, y esto no quiere decir que les hablase según la capacidad de su espíritu, sino según la disposición de su corazón. Aun nos habla también á nosotros así: si no comprendemos los misterios de Dios y las verdades del Evangelio, el defecto no viene de l espíritu, sino del corazón. Atendamos á purgar y á purificar este corazón, y nosotros comprendremos, y Jesucristo mismo nos explicará íntimamente cuanto es necesario que comprendamos.

PETICION Y COLOQUIO.

¡Ah! Señor, no se verifique jamás el que yo mezcle una levadura mala y extraña con la levadura del Evangelio. Preservadme de la hipocresía, del amor del mundo, de sus vanas máximas, de sus corrompidas inclinaciones, de sus contagiosas juntas, que son una levadura que corrompe el corazón e impide el efecto de la levadura sagrada. Mezclad vos, oh Dios mío! esta preciosa levadura en el fondo de mi corazón; ella me cambie y me santifique. Experimente en mí y dé á entender á todos la santidad de la religión que profeso, para que aquella gracia de predilección que he recibido de vos, redunde no en mi condenación, sino en gloria vuestra y en mi salud eterna. Amen.

MEDITACION CXVI.

PARABOLA DE LA ZIZANIA.

S. Mat., e. XIII, v. 24, 30.
y v. 36 42.

DE LA MEZCLA DE LOS MALOS CON LOS BUENOS.

Primero, de dónde viene esta mezcla; segundo, por qué la sufre Dios; tercero, cómo acabará.

PUNTO I.

DE DÓNDE VIENE ESTA MEZCLA.

Primero. No viene de Dios. "Les propuso otra parábola diciendo: el reino de los cielos es

semejante á un hombre, que sembró en su campo simiente lu na; pero en el tiempo que los hombres dormían vino su enemigo y sembró la zizafia en medio del trigo y se fué; y habiendo crecido la yerba y dado el fruto, apareció también entonces la zizafia. Y llegando los siervos del padre de familias, le dijeron: Señor, ¿per ventura no sembraste simiente buena en tu campo? ¿y á de dónde tiene la zizafia? Y los dijo: hombre enemigo ha hecho esto.... Entonces despedidas las turbas se vino á casa: y acercándose á él sus discípulos, le dijeron: explícanos la parábola de la zizafia del campo. El les respondió y dijo: el que siembra la simiente buena es el hijo del hombre, y el campo es el mundo. Y la simiente buena son los hijos del reino. Y la zizafia son los hijos del maligno. Y el enemigo que la sembró es el diablo...."

Unamos nuestras súplicas á las de los apóstoles y roguemos á Jesucristo que nos explique esta parábola, en la que se nos anuncian las verdades más importantes.

Consideremos en primer lugar cuánto ha hecho Jesucristo para formar hombres justos sobre la tierra, y para que nosotros en particular seamos de este número. ¿Cuántos sacramentos, cuántas instrucciones, cuántas gracias! Si hasta ahora hay entre nosotros almas relajadas, pecadores ímpios, ¿podremos echar la culpa á este divino Salvador, á este Dios de las misericordias? Consideremos en segundo lugar qué cosa es un justo sobre la tierra. Es un hijo del reino, un hijo de Dios, un miembro vivo de Jesucristo, destinado para el cielo.... ¡Estado feliz! esto es lo que hemos venido á ser nosotros por el bautismo: nosotros hemos vuelto á ponernos en este estado por la penitencia, y en él hemos sido fortalecidos por la Eucaristía: conservémosnos, pues, en él hasta la muerte.

Consideremos en tercer lugar qué cosa es un pecador sobre la tierra. Es un hijo del demonio, excluido mientras vive en este estado de todo derecho al reino de los cielos, esclavo, instrumento y juego del demonio, cómplice de su rebelión y destinado al mismo suplicio. ¡Ah! salgamos luego de un estado tan deplorable, y volvámonos á Jesús, que nos ofrece aun los medios seguros para restablecernos en nuestros primeros derechos de hijos de Dios.

Segundo. Esta mezcla viene del demonio como enemigo engañador. El es enemigo de Dios y de los hombres. Este falso impostor nos engaña con lisonjas, nos solicita al pecado con proponernos placeres, riquezas, honras y una perfecta felicidad. Y nosotros damos fe á este enemigo engañador, que siempre procura despojarnos del reino, arrebatarnos el cetro y la corona para precipitarnos en las prisiones y en las penas eternas.

En segundo lugar, esta mezcla viene del demonio, como enemigo que siempre está despierto. Mientras duermen los hombres, el demonio

vale. Explora los momentos y sabe lograr su tiempo. ¡Ay de los pastores adormecidos y de todos aquellos que están encargados de la conducción de otros, si duermen en vez de velar! y ay de nosotros mismos si nos dejamos ganar del demonio por nuestra negligencia en el orar, en meditar y en huir las ocasiones del pecado!

En tercer lugar, esta mezcla viene del demonio como enemigo escondido. El enemigo vino de noche, y después de haber sembrado la zizafia, se retiró y no volvió á dejarse ver. ¿Quién no tendría horror al demonio si lo viese? ¿quién de nosotros no lo despediría con indignación si supiese que él es el que nos engiere aquellos pensamientos de venganza, que de él nos vienen representadas aquellas imágenes deshonestas, que de él provienen aquellos discursos lisonjeros, que á infundir suyo se han escrito aquellos libros envenenados, se han diseñado aquellas pinturas lascivas, se han compuesto aquellas canciones escandalosas? Pero él se esconde y hace que comparezcan solamente sus ministros; aquellos que él ha engañado y de quienes se sirve para engañar á otros. ¡Ah! no nos fiemos de las artes de este enemigo escondido.

PUNTO II.

¿POR QUÉ SUFRE DIOS ESTA MEZCLA?

Lo primero. Por la perfección de los buenos. Volvamos á la parábola: Luego que el Señor del campo dió noticia á sus siervos de haber sido su enemigo el que había sembrado la zizafia.... "Los siervos le dijeron: ¿queréis que vayamos y la cojamos?... " Veis aquí los hombres: tal es su celo precipitado é indiscreto, que querría perderlo todo y exterminarlo todo; pero no juzga Dios así.... "Y él respondió: no, no sea que cogiendo la zizafia arranquéis también con ella el trigo: dejad que crezca lo uno y lo otro hasta la cosecha...."

Observemos aquí que las raíces de la zizafia se cruzan y se enredan de tal suerte con las de trigo, que casi no se puede arrancar la una sin el otro. Así, por un profundo consejo de la sabiduría divina, que sabe sacar el bien del mal, la malicia de los malos está de tal manera entretendida con la virtud de los buenos, que quitada aquella, perdería mucho esta de su lustre y de su mérito.

De hecho y en primer lugar, la corrupción del mundo da á la virtud una solidez y un esplendor que sin ella ciertamente no tendría. El mundo es infiel á Dios; presenta en todos los lugares almas rebeldes á su Criador, que han sacudido el yugo de su obediencia y puesto debajo de sus pies todas sus santas leyes; pero ¿qué gloria no consigue el que se mantiene fiel en medio de un

abandono tan general, el que se atreve á declararse de su partido, el que hace profesión abierta de obediencia, y camina á un paso firme e igual por el camino estrecho de sus mandamientos? Esta es el espectáculo que nos presenta nuestra religión. Nosotros vemos los ejemplos de una piedad sólida en medio de un mundo corrompido, y aun en medio de la licencia militar y de la gente de armas.

En segundo lugar, el escándalo del mundo hace despuntar virtudes sublimes y desconocidas, que sin esto no se dejarían ver. El mundo está lleno de escándalos; no nos representa otra cosa que objetos engañosos, ejemplos oscuros; todo en él es lazo á la inocencia y á la virtud. ¿Pero qué cosa ha producido este escándalo? Ha poblado los desiertos, ha hecho habitar los despoblados y las cuevas más oscuras y más remotas, ha hecho erigir, antes fuera de los poblados y bien presto después en medio de las ciudades mismas, asilos á la virtud. ¿Y aquí, en una feliz libertad, qué sublimes virtudes no se han practicado? De aquí han salido innumerables santos, que han ilustrado, iluminado y gobernado la Iglesia.... Sin los escándalos y los peligros del mundo, la Iglesia no habría estado decorada por tantos y tan diversos institutos que forman su gloria y su ornamento y que no cesan de deplorar el cielo, conduciendo á él cada día tantas almas puras, que han vivido sobre la tierra una vida del todo celestial.

En tercer lugar, el odio y la persecución del mundo ha llevado la virtud á un grado de heroísmo al que sin esto no hubiera llegado jamás. Este mundo es un tirano, que aborrece y persigue la virtud. En él no se puede vivir en la piedad sin ser el blanco de sus desprecios, de sus burlas y aun de su furor. ¿Qué paciencia heroica no se requiere para conservar la caridad y la dulzura en medio de esta viva y obstinada persecución? ¿Los mas bellos siglos de la Iglesia no son aquellos de los mártires? ¿Tendría el cielo mártires si no hubiera habido tiranos?

Adoremos esta sabiduría infinita de Dios, que de un tan grande mal sabe sacar tan grande bien. Hagamos también nosotros el mismo juicio, y aprovechémosnos según nuestro estado de las utilidades que nos suministra esta mezcla.... En ella hay ciertos estados mixtos en que parece se hallan unidas todas estas ventajas: si vivimos en medio del mundo, tenemos ocasión de dar á Dios un testimonio luminoso y una prueba de una virtud incorruptible; si estamos retirados del mundo, podemos practicar las virtudes sublimes y escondidas de la vida monástica; finalmente, si somos aborrecidos del mundo, debemos esperar participar algún día de la corona de mártires.

Lo segundo. Dios sufre esta mezcla por la conversión de los pecadores. Y él respondió: no, no sea que cogiendo la zizafia, arranquéis también con ella el trigo...." La zizafia es muy seme-

jante al trigo, y antes de madurar es fácil de equivocarse y de engañarse; pero en el sentido moral es aun más fácil el yerro, porque la zizaña no pueda jamás llegar á ser trigo; pero el pecador puede convertirse y llegar á ser un santo y un escogido. Por esto Dios lo deja sobre la tierra, y lo que debe empeñar al mismo pecador para mudarse y convertirse, es:

En primer lugar: *la bondad de Dios que lo sufre.* "¿Queréis que vayamos y la cojamos? Y él respondió: no..." ¡Ah! Palabra llena de dulzura y de ternura! ¿Y dónde estaría yo, Señor, si no hubiera salido de vuestra boca esta palabra de elocuencia para contener todas las criaturas sublevadas contra mí? Ella me ha salvado del peligro en que debía haber perdido la vida. Me sacó de aquella enfermedad que podía haber sido mortal; me ha preservado de mil accidentes que yo no he podido prever, y me ha conservado hasta el presente momento. Vos me dais el tiempo para que me vuelva á vos, y por dárme-lo habeis sufrido en silencio mi relajación, mi tibieza en serviros; habeis sufrido mis pecados, mis escándalos, mi infidelidad, mis recaídas y mis excesos en todas líneas. ¡Ah! bastantes he cometido, demasiado os he ofendido y he abusado de vuestra bondad. A vos me vuelvo, ¡oh Dios mío! penetrado del mas vivo dolor, y estoy resuelto á emplear lo restante de mis días en serviros fielmente y en reparar los desórdenes de mi vida pasada.

En segundo lugar: *el ejemplo de los buenos que lo solicita.* ¿Qué cosa es un pecador? Es la zizaña del campo del Señor, el oprobio de la naturaleza, el deshonor de la religión, el hijo del demonio, el enemigo de Dios y del Salvador y un objeto de horror para los ángeles. ¡Ah! si Dios no hubiera contenido mil veces la cólera y la indignación de estos bienaventurados espíritus, ¿cuánto tiempo ha que lo hubieran apracado de la tierra, que está deshonrando? Los justos al contrario, son el grano precioso, la gloria y las delicias del Señor del campo; son los hijos de Dios, destinados á reinar eternamente en el cielo con Dios su Padre. El mundo mismo no puede negarles su aprobación y su estima, y muchas veces se ve obligado á envidiar su suerte. ¿Y por qué envidiarla? Nosotros podemos ser lo que ellos son. Aprovechémonos de su ejemplo; para esto nos deja aun Dios sobre la tierra.

En tercer lugar: *la justicia de Dios que lo amenaza.* "Dejad que el uno y la otra crezca hasta la cosecha..." Alma relajada y dispada, pecador impenitente y obstinado, ¡ah! no te engañes... La paciencia de Dios tiene sus límites, sus placeres, sus injusticias, sus blasfemias, sus escándalos tambien los tendrán, y no podrás pasar mas adelante ni continuar tus desórdenes, fuera de aquello que te sea permitido. Crece, pues, ya que lo quieres; multiplica tus pecados entre tanto que podrás: estás en libertad de ha-

cer lo que quieras; pero hasta la cosecha, y no mas allá, hasta la muerte, después de la cual para tí todo se habrá acabado; pero entonces ya no habrá mas penitencia, ya no habrá conversión, ya no habrá gracia, ya no habrá misericordia. ¡Ah! ten piedad de tí; no quieras llevar adelante ni continuar hasta aquel punto tu furor; prevén aquel momento terrible, á que seguirá después una desesperación eterna.

PUNTO III.

CÓMO ACABARÁ ESTA MEZCLA.

Con el castigo de los malos y con la recompensa de los buenos... "Y en el tiempo de la cosecha" diré á los segadores: coged primero la zizaña, y atadla en manojos para quemarla; mas el trigo recogedlo en mi granero....

Primero *El castigo de los malos.* Los términos de la parábola bastarian para hacernos comprender el rigor de este castigo; pero observemos cómo la explica Jesucristo... "Y la cosecha es al fin del mundo. Y los segadores son los ángeles. Así pues, como se recoge la zizaña y se quema al fuego, así sucederá á la fin del mundo; el Hijo del hombre enviará sus ángeles, y cogerán de su reino todos los escándalos, y á los que ejecutan la iniquidad. Y los echarán en el horno de fuego: allí será el llanto y el crujir de dientes."

Así explica Jesucristo mismo la parábola. Luego en esta explicación no puede haber error ni exageración; por esto examinemos en el castigo de los malos:

Primeramente: *el lugar del suplicio:* un horno. ¡Ah! ¡ha habido jamás retiro, soledad, sujeción que pueda parecer dura, para preservarme de ser encerrado eternamente en una prisión tan horrible y tan penosa como un horno?

En segundo lugar: *el instrumento del suplicio:* el fuego. ¡Ah! ¿hay ó puede haber placeres, sensualidad, delicias á que yo no deba renunciar? ¿Hay acaso algun género de penitencia, de mortificación, de confusión que yo no deba abrazar de buena gana por evitar aquel fuego devorante?

En tercer lugar: *el efecto del suplicio:* la rabia y la desesperación; gritar, llorar, crujir de dientes, desesperarse, maldecir á Dios, maldecirse á sí mismos, salir fuera de sí de rabia y de furor eterno: este, este será el estado y la ocupación de los réprobos. ¿Qué caos, qué horror, qué vida! ¿Hay alguna cosa en esta presente que yo no deba sufrir por evitar aquella? Contradicciones, quejas injustas, envidia fastidiosa, aspereza altanera, severidad excesiva, malos tratamientos, nada de esto me puede parecer insoportable en comparación de estos llantos y de este rechinar

de dientes que serán la porcion de los réprobos.

Ahora pues, ¿quién será arrojado de este modo en este horno de fuego?... Todos los pecadores, sin que uno solo pueda escaparse ó resistirse; todos, sin distinción de estado ó de clase. Reyes, monarcas, grandes, nobles, poderosos, ricos, sabios, vosotros ya nada sois. ¿Sois justos ó pecadores? Este es un punto que sobre la tierra os parecia de poca ó de ninguna consecuencia; pero aqui este es el punto que decide de todo... Si sois pecadores, no sois otra cosa que zizaña condenada al fuego: sacerdotes, religiosos, solitarios, pobres, débiles, afligidos, ¿sois vosotros justos ó pecadores? Este es un punto en que acaso no habeis puesto toda la atención que se debia sobre la tierra; pero si vosotros no habeis cumplido las obligaciones de vuestro estado y no os habeis aprovechado de vuestros sufrimientos, en una palabra, si vosotros sois pecadores, vosotros sois la zizaña condenada al fuego.

Segundo: *De la recompensa de los buenos.* "Entonces resplandecerán los justos como el sol en el reino de su Padre..." Consideremos la recompensa, y en primer lugar *en sus personas.* ¿Cuán diferentes serán de lo que eran sobre la tierra! No se encontrará en ellos ni aun la mas mínima imperfección, ni de cuerpo, ni de espíritu; todo en ellos será amable, todo maravilloso. El resplandor del sol es una figura débil para exprimir la luz con que resplandecerán y la gloria de que cada uno de ellos será rodeado.

En segundo lugar: *en su morada.* Será esta el reino de Dios su Padre, esto es, el cielo... Si la tierra, aunque maldita, presenta aun á los felices del siglo tantos y tan diversos motivos, ¿qué cosa será el cielo, formado de intento por Dios y su infinita sabiduría para ser la morada eterna de sus amados hijos, donde nada faltará y todo abunda?

En tercer lugar: *el objeto de su bienaventuranza, que será el mismo Dios.* Ser infinito y origen infinito de toda felicidad y de todos los bienes: gozarán de él, lo verán, lo amarán, y participarán de él en las delicias inefables de un eterno amor.

¿Pero para quién será una suerte tan digna de envidia? Para los justos. Solo se puede obtener por este título. De cualquiera clase, de cualquiera condición que seamos, vivamos en la justicia, cumplamos las obligaciones de nuestro estado, observemos las leyes de Dios, practiquemos las virtudes cristianas, perseveremos en la piedad y muramos en el amor de Dios, y el cielo es seguro para nosotros... ¿Y qué otro negocio de mayor importancia tengo yo en este mundo? ¿Y qué me importa á mí todo lo restante, con tal que viva y muera en la gracia de mi Dios?

Este, pues, es el paradero de la sorprendente escena que se representa sobre la tierra, la separación de la mezcla de los buenos con los malos;

escena que ha ocasionado tanto escándalo á los espíritus débiles, que ha hecho profírizar tantas blasfemias á los espíritus fuertes y que ha santificado los espíritus racionales y dóciles. Esta es la separación digna por cierta de la majestad, de la grandeza, de la sabiduría de la justicia y de la magnificencia de Dios.

PETICION Y COLOQUIO.

Vos añadís, ¡oh Señor! al fin: "el que tiene orejas para entender, entienda..." ¡Ah! ¿quién no despertará de su sueño á la explicación que vos mismo nos dais de la parábola que nos habeis propuesto! Cierre el impío las orejas para no entenderla; distáigase y dispéase el libertino para no reflexionar sobre ella; pero yo, ¡oh Dios mío! os pido un corazón dócil para aprovecharme de una lección tan importante, de una verdad tan terrible por una parte y de tanto consuelo por otra: desprended mi corazón de todo lo que pasa con el tiempo, para que comprenda y gusté lo que es eterno. ¡Ah! Señor, espántome y estorieo-me vuestra justicia; mas vuestra bondad me dá ánimo y vuestra ley me sirve de regla, para que caminando en la luz, llegue á vuestra gloria. Amen.

MEDITACION CXVII.

DE LA PARABOLA DEL TESORO ESCONDIDO Y DE LA PERLA PRECIOSA.

San Mat., c. XIII, v. 44, 46.

Después de haber explicado Jesucristo á sus apóstoles la parábola de la zizaña, continuó á instruirlos con otras que formarán el arguto de esta, y de la siguiente meditación. Apliquémoslas á declarar en esta: lo primero, la parábola del tesoro escondido; lo segundo, la parábola de la perla preciosa.

PUNTO I.

PARABOLA DEL TESORO ESCONDIDO.

Jesucristo dijo á sus apóstoles: "El reino de los cielos es semejante á un tesoro escondido en el campo, que cuando lo halla un hombre, lo cónconde, y por el gozo va, y vende cuando tiene y compra aquel campo..."

Lo primero. *Se puede aplicar esta parábola al tesoro de la salvación escondido en la Iglesia de Jesucristo.* ¡Oh, cuánto ha costado á los primeros fieles el adquirir, este campo, el mantener la posesión, el hacer miembros de esta Iglesia y conservar la fe! Les fue necesario renunciar no so-

lo á sus bienes, á su reposo y á su reputación, sino también muchas veces á su propia vida, y no temieron sacrificarlo todo por mantenerse en esta fe, sin la cual no se puede agradar á Dios, y en esta Iglesia, fuera de la cual no hay salvación. Los que no están en ella deben imitar su generosidad para entrar y tomar posesión de este riquísimo campo. Mas respecto de nosotros que hemos nacido en esta Iglesia, cuál es nuestra ingratitud si no estamos penetrados de reconocimiento, si no damos infinitas gracias á Dios todos los días de nuestra vida? ¿Cuál es, pues, nuestra insensatez si no cuidamos de este tesoro que está en nuestra posesión y que nos toca, si no queremos buscarlo, cavar, descubrirlo y apropiárnoslo? Pero ¿qué es lo que sucede? Semejantes al primer Señor del campo de la parábola y menos excusables que él, ni tenemos siquiera idea de este tesoro, ni pensamos en él: tenemos poco apego al campo donde está escondido, á la Iglesia y á la fe, dispuestos á abandonar la una y la otra y la salvación que de ellas depende, luego que el placer, el respeto humano, la fortuna ó la ambición se pongan de por medio y lo pidan. . . . ¿Y aun cuántas veces hemos vendido este precioso tesoro por vilísimo precio?

Lo segundo. *Se puede aplicar esta parábola á la perfección escondida en el estado religioso y en el retiro del mundo.* El que llamado por Dios á la perfección ó sea por una vocación particular á cualquier orden religioso ó al estado eclesiástico, ó sea por un impulso poderoso á la vida interior y á los ejercicios de piedad y de penitencia en medio del mundo mismo, este comprende bien que ha encontrado el tesoro. ¿Y cuál es su alegría por tan feliz descubrimiento? Se guarda de manifestarla y de hacerla pública, la esconde en su seno ó la comunica solamente á personas discretas ó iluminadas que puedan ayudarle con su crédito y con sus consejos á conseguir aquel campo en que de ahora en adelante se halla su tesoro. ¿Qué ardor, qué diligencia, qué viva y santa impaciencia de concluir todos los negocios temporales por ver que se acerca el feliz momento en que podrá darse á Dios y servirlo con plena libertad! ¡Ah! llamemos á nuestra memoria aquel tiempo dichoso si hemos tenido tan bella suerte. . . . ¿Encontramos acaso nosotros entonces alguna dificultad en separarnos de cuanto más apreciábamos para hacer el sacrificio que pedía nuestra vocación? No por cierto; hubiéramos sacrificado mil mundos por obtener el tesoro por tanto tiempo deseado. Teníamos razón: el tesoro que adquirimos valía más que mil mundos todas las otras criaturas. . . . ¿Pero hemos conservado estos sentimientos, aquella estima de nuestro estado, aquella alegría de haberlo conseguido, aquella generosidad de sacrificarlo todo para cumplir dignamente sus obligaciones? El tesoro no se ha mudado; él es el mismo y siempre capaz de enriquecernos y de saciar todos los deseos

de nuestro corazón. ¿Que desventura si este tesoro fuese aun para nosotros un tesoro escondido! ¡Ah! si fuese así, volvámos á entrar dentro de nosotros mismos, no abandonemos el campo que poseemos: el tesoro está en él; nosotros lo sabemos bien. ¡Ah! busquémoslo, cavaemos, roguemos, meditemos, trabajemos: lo encontraremos sin duda, y en vez de sentir fastidio y disgusto, se hallará nuestro corazón inundado de una santa alegría.

Lo tercero. *Podemos aplicar esta parábola á nosotros mismos, considerando en este hombre del Evangelio primero su fortuna.* Halla un tesoro, y un tesoro que no buscaba y aun en que no pensaba, y esta es nuestra propia suerte; sin haberlo buscado y aun sin haberlo pensado, nos hallamos cristianos y católicos, tenemos fe y conocemos todos los bienes que ella incluye; con cuántas gracias nos previene Dios y cuántos santos deseos no nos inspira? Consideremos bien nuestra fortuna y procuremos serle reconocidos. Segundo. *La prudencia de este hombre.* Habiendo descubierto este tesoro en un campo que no era suyo, lo deja en su lugar, lo esconde de nuevo y lo cubre con la tierra. Lo mismo debe hacer en nosotros la humildad; esta debe esconder las gracias, los dones de Dios y las buenas obras. El que es imprudente y no esconde su tesoro, se arpone á que se lo roben. Tercero. *Su alegría.* Desahoguemos nosotros los sentimientos de júbilo que se merecen los bienes de que nos hace gozar la fe, y de otros mayores que nos da derecho á esperar. Cuarto. *Su esfuerzo.* Vende cuanto tiene y compra el campo. . . . La noticia del tesoro no se compra; la fe, la gracia se nos da gratuitamente; pero se debe comprar la posesión del tesoro del campo en que se halla, del reino de los cielos, de la vida eterna, de la corona de justicia. No nos lisonjemos, esto nos debe costar. Nos engañaríamos grandemente si nos persuadiésemos que el cielo se nos dará de balde; es necesario comprarlo á costa de todo cuanto tenemos, á costa de todas nuestras pasiones, de todas nuestras inclinaciones viciosas, de que debemos deshacernos, á costa de todos los sentimientos de nuestro corazón, y de todas las acciones de nuestra vida, que debemos consagrar á Dios y á su amor. A este precio el cielo es nuestro. ¡Oh afortunado comercio! ¡oh trueque ventajoso! ¡oh feliz ganancia!

PUNTO II.

DE LA PERLA PRECIOSA.

“Es también semejante el reino de los cielos á un hombre negociante que busca buenas perlas. . . . Y habiendo encontrado una de gran

precio, se fué, y vendió cuanto tenía, y la compró. . . .”

Lo primero. *Apliquemos esta parábola á la Iglesia de Jesucristo, á la religión y á la fe cristiana y católica.*

Consideremos en primer lugar cómo se debe buscar la verdadera religión. . . . El que no ha nacido en la verdadera religión, no puede dejar de sentir fuertes inquietudes, por poco que reflexión sobre un punto de tanta importancia para la eternidad. Al principio del cristianismo muchos grandes filósofos y bellos espíritus habiendo probado muchas sectas y no encontrando cosa que les satisficiera, se encantaron con la doctrina cristiana y católica, la abrazaron, se establecieron en ella, y fueron por sus obras la gloria y el ornamento de la Iglesia. . . . Lo mismo sería de los esmáticos y herejes y de nuestros impíos filósofos, si buscasen la verdad con un corazón tan recto y con miras tan puras como aquellos primeros filósofos; pero no buscan la verdad porque la aborrecen, y no tomen las justas consecuencias porque acarician el error y aman la ilusión.

Consideremos en segundo lugar la verdad de la religión cristiana y de la fe católica. . . . Desde que se conoce la religión cristiana y la Iglesia católica, cesan todas las dudas. La verdad se deja ver en ella con una luz que disipa todas las tinieblas y calma perfectamente el corazón y el espíritu. Todo está probado en ella, todo es consiguiente, todo es racional, todo proporcionado de una parte á las necesidades y á la debilidad del hombre, y de otra á la nobleza de sus sentimientos y á la extensión de sus deseos. Tratándose de perlas preciosas, el que no es práctico ni las conoce, se puede engañar sobre su respectiva belleza mientras solo ve de las comunes; pero si entre ellas hay una de una perfecta belleza, cualquiera que la considere atentamente, luego la distinguirá entre todas las demás. La miseria del hombre consiste en no poner su atención y actividad en otra cosa que en los bienes de la tierra, en no temer engañarse en otra cosa que en aquello que le pertenece á sus intereses temporales, y en estar tibio é indiferente para todo aquello que mira á Dios y á su propia salvación. Indiferencia que llega hasta hacer decir á tantos impíos, que todas las religiones son buenas y que en todas ellas se puede uno salvar. ¡Ah! el que así habla no se conoce á sí mismo; el que habla así no tiene la verdadera religión. Cuando se profesa esta se conoce que se tiene la verdad, y la verdad es una sola. Hay solamente un Dios, un solo bautismo, una sola fe. Nosotros que hemos nacido en ella, amémosla, estudiémosla y no nos separemos jamás de ella.

Consideremos en tercer lugar cuál es el precio de la verdadera religión y de la verdadera fe. Si muchos no conocen la verdad por falta de buscarla y por falta de atención, hay por otro lado

otros muchos que no la abrazan por falta de generosidad y de valor. La verdad de la religión y de la fe es una verdad de práctica que exige los mas grandes sacrificios. Se necesita someter los prejuicios del propio espíritu á las decisiones de la Iglesia, las inclinaciones del propio corazón á los preceptos de la moral, el propio orgullo á la humilde confesión de las propias culpas, y la carne á la penitencia, á los ayunos, á las abstinencias; se necesita vencer los respetos humanos que nos detienen, romper las ataduras que nos tienen presos; tal vez es necesario también renunciar á los propios bienes y á la propia fortuna. . . . ¡Ah! desdichado de aquel que deja de adquirir á este precio esta perla preciosa que lo enriquecerá para toda la eternidad. Pero nosotros que hemos nacido en la verdadera fe, amémosla, conservémosla, y sobre todo, unámonos las obras buenas que nos pide, sin lo cual sería una fe muerta, una perla perdida para nosotros, y su pérdida nos haría aun mucho mas culpables.

Lo segundo. *Apliquemos esta parábola á la verdadera felicidad del hombre, que consiste en el amor de Dios y en el estado de gracia.*

Consideremos en primer lugar cómo debemos buscar la verdadera felicidad. Todo el mundo quiere ser feliz; el Evangelio mismo nos exhorta á lo mismo; pero nos advierte que busquemos la verdadera felicidad donde se halla. . . . Un hombre que busca perlas y que hace un tráfico de ellas, las busca buenas y finas. . . . ¿Por qué, pues, nosotros buscamos solamente una felicidad que ya tantas veces hemos experimentado que es falsa, contaminada, impura, incapaz de satisfacer nuestro corazón, y que solo nos puede causar vergüenza, inquietud y remordimientos? ¡Ah! desechémosla, no queramos ser engañados, desechemos estas perlas fingidas, estos falsos diamantes que solo merecen el desprecio, y cuya adquisición lejos de enriquecernos servirá antes para nuestra ruina.

Consideremos en segundo lugar en qué cosa se halla la verdadera felicidad. La verdadera felicidad se halla solamente en el amor y en la gracia de Dios. . . . ¡Ah mil veces feliz quien descubre esta perla preciosa y conoce su belleza y su riqueza! Nuestros corazones están hechos únicamente para Dios; en Dios solamente, en su gracia, en su amor hallan el reposo que en vano buscan en el amor de las criaturas. Dije poco en decir que hallan el reposo; encuentran en él su contento, sus dulzuras y sus delicias, y en una palabra, una felicidad superior á toda expresión, con la dulce esperanza que no se les quitará con la muerte; antes al contrario, con la muerte se perfeccionará y durará por toda la eternidad.

Consideremos en tercer lugar el precio de la verdadera felicidad. El amor de Dios en que solo consiste la verdadera felicidad, se adquiere solamente con el precio de todo aquello que se posee y de todo aquello que podemos esperar por

soer, con el precio de todos los afectos del corazón por las cosas criadas. En vano queremos ó pretendemos nosotros retener alguna; el precio ya está tasado y fijó; jamás conseguiremos ni tendremos esta perla inestimable, sin que primero hayamos dado todas las cosas. Entré tanto que nosotros disputamos y nos atormentamos á nosotros mismos, perdemos momentos preciosos, disminuimos siempre más la duración de la posesión, y cessa el tiempo está ya para espirar y acabarse, y perderemos todos los otros bienes que queremos obtener sin haber adquirido aquel solo que puede quedarnos y satisfacerlos. ¡Ah! no temamos; cuando se nos pide todo, no es ya para empobrecernos, antes es para enriquecernos; no ya para privarnos de alguna felicidad, sino para quitarnos lo que nos impide gozar la felicidad perfecta, suma é infinita.

PETICIÓN Y COLOQUIO.

Dadme; ¡oh Dios! ¡oh Dios! aquella verdadera sabiduría que sabe estimar y buscar las cosas según su precio, aquella verdadera prudencia que preserve la salud á toda otra cosa; aquella verdadera generosidad que sacrifica todas las cosas á vuestro amor. Sé que ves dentro la perla preciosa y el tesoro escondido, esto es, vuestro reino, á la fe, á la confianza, á la oración y á la fidelidad; haced, pues, que yo no omita alguno de estos medios para conseguirlo. Amen.

MEDITACION CXVIII.

PARABOLA DE LA RED.

S. Mat., c. XIII, v. 47, 52.

Esta parábola nos representa: primero, el estado de la Iglesia en el siglo presente; segundo, el estado de la Iglesia en la consumación del siglo; tercero, el estado de la Iglesia en el siglo futuro.

PUNTO I.

DEL ESTADO DE LA IGLESIA EN EL SIGLO PRESENTE.

"Es también semejante el reino de los cielos á una red arrojada al mar que recoge toda suerte de peces; la cual luego que estuvo llena, tirándola fuera y sentados en la playa, escogieron los buenos en los vasos; y arrojaron fuera los malos..."

Esta red es la Iglesia, que con la predicación del Evangelio reúne en su seno hombres de todas las suertes, buenos y malos. Aquí en la tierra to-

do está mezclado, todo está escondido; no se puede distinguir con seguridad quién son los buenos y cuál es su grado de bondad, ni quién son los malos y cuál es su grado de maldad, y mucho menos quiénes serán los que perseverarán en su bondad ó en su maldad. Lo que se dice de la Iglesia en general, se debe decir también de cada orden, de cada profesión en particular. Saquemos aquí tres consecuencias.

Primera. Una verdad necesaria de saberse, y es que un cristiano aunque pecador no está fuera de la Iglesia. La Iglesia sobre la tierra no se compone de solos los justos ó de solos los pecadores; aunque grande pecador, estoy aun en la Iglesia; me puedo convertir y salvarme. Fuera de la Iglesia ninguno se puede salvar; pero aunque estemos en la Iglesia y aunque en la Iglesia hayamos abrazado un estado santo, un estado de perfección; no se puede decir que por esto estamos salvos. Todos los estados tienen su mezcla y en todos los estados se puede perder un cristiano.

Segunda. Un defecto necesario de evitarse. El mal que aparece en la Iglesia no debe sorprenderme ni escandalizarme, porque ya está predicho.... La Iglesia por esto no deja de ser santa en sí misma; los órdenes diferentes de la Iglesia no son menos santos en sí mismos por cualquier desorden y escándalo que en ellos se encuentre. Esta es la miserable herencia de la triste humanidad; es una miseria inevitable entre las criaturas que están aun en esta peregrinación y gozan de libertad. Me debo pues guardar de juzgar á alguno ó hacer un discernimiento que solo toca á Dios y no al estado presente de la Iglesia; mientras está aun en este mundo y sobre la tierra.

Tercera. Un solo punto importante á que es necesario atenderse. Aquello que únicamente me importa es ver que estoy en la Iglesia y en mi estado, ponerme en el número de los buenos, ser bueno ó mejor mientras hay aun tiempo; porque lo que ahora está mezclado y escondido, no lo estará siempre, y bien presto se tirará la red, esto es, se hará irremediablemente la separación de los justos y pecadores.

PUNTO II.

DEL ESTADO DE LA IGLESIA EN LA CONSUMACION DEL SIGLO.

"Así sucederá en la consumación del siglo: saldrán los ángeles y separarán los malos de en medio de los justos, y los meterán en el horno de fuego; allí será el llanto y el crujir de dientes..." Cuando estará llena la red la tirarán fuera." Cuando Dios haya puesto en ejecución todos sus designios sobre la tierra en favor de sus

escogidos, el mundo, que solo por ellos subsistía, se acabará. Jesucristo, sentado con sus discípulos que habían echado la red, juzgará, pronunciará y comenzará un nuevo orden de cosas.

Lo primero. Será manifestado lo que estaba escondido. La hipocresía, la misma caridad no podrán ya encubrir ó enmascarar casa alguna; aparecerá todo y se dejará ver la verdad toda entera; y con ella cuántos monstruos no se verán por una parte, cuántas abominaciones, cuántos horrores! ¡y por otra, cuántas bellezas, cuántas maravillas, cuántos objetos deliciosos! ¡Cómo compareceré yo entonces? Lo que soy al presente y lo que con tanto cuidado procuro no comparecer ahora.

Lo segundo. Será separado lo que ahora está mezclado. Vendrán los ángeles y separarán los pecadores de en medio de los justos, de en medio de los sacerdotes santos los sacerdotes sacrilegos, de en medio de los religiosos mortificados y penitentes, los religiosos sensuales; de en medio de los magistrados de integridad, los magistrados injustos; de en medio de los cristianos fervorosos, los cristianos corrompidos; de en medio de las vírgenes sabias, las vírgenes necias; de en medio de las esposas fieles, las esposas adúlteras; de en medio de las mujeres cristianas, las mujeres mundanas; finalmente, de en medio de los escogidos, los réprobos. ¡Ah! ¿quién podrá sufrir la confusión de una tal separación? Sepárenos ahora de los pecadores, para no ser entonces separados de los justos.

Lo tercero. Se dividirá y se pondrá en dos contrarias extremidades lo que estaba reunido en un centro común. Estaban reunidos sobre la tierra los buenos y los malos, los bienes y los males. Entonces se hará la división y cada cosa será puesta en su lugar, con una oposición infinita y eterna. Los pecadores en el horno ardiente, en el infierno; los justos en el cielo, en las delicias del paraíso; á una parte la unión de todos los males para los pecadores, y á la otra la unión de todos los bienes para los justos.

PUNTO III.

DEL ESTADO DE LA IGLESIA EN EL SIGLO FUTURO.

Lo primero. Consideremos cuál será entonces la miseria de los pecadores. Los pecadores que no habrán querido conocer la Iglesia ó que la habrán deshonrado, serán para siempre excluidos de ella y condenados para siempre á los tormentos, á los llantos, al arrepentimiento, á la rabia y á la desesperación. Esta será su eterna ocupación.

Lo segundo. Examinemos cuál será la felicidad de los justos. Los justos, que solo compondrán entonces la Iglesia triunfante de Jesucristo,

virarán en las delicias del amor divino y de una vida bienaventurada y gloriosa que no tendrá jamás fin; esta será su suerte eterna.

Lo tercero. Concluyamos de estas dos verdades cuál es el interés de aquellos que viven aun sobre la tierra. Consiste este en comprender bien estas verdades para sí mismos y para los otros.... Añade Jesucristo hablando á sus apóstoles....

"¿Habeis vosotros entendido estas cosas? Sí, Señor, respondieron ellos...." Jesucristo nos haoc también á nosotros esta pregunta. ¡Ah! no queramos engañarnos.... Hemos comprendido bien estas verdades? ¿las hemos comprendido bastante para ver que aquí se trata de nosotros, que nosotros estamos en el primer estado de la Iglesia, que compareceremos en el segundo y que estaremos eternamente en el tercero? ¿las hemos comprendido bastante para poder persuadirnos que para prepararnos para aquella terrible separación, tenemos solamente un tiempo incierto y el breve espacio de nuestra vida? ¿las hemos comprendido tanto que no nos olvidáremos jamás de ellas y que sacáremos consecuencias prácticas que sirvan de regla á todos nuestros pensamientos y á todas nuestras acciones, tanto para estar nosotros penetrados, cuanto para instruir á los otros y á todos aquellos que tenemos á nuestro cargo, y tanto cuanto hasta para dirigir á este fin todos nuestros cuidados, todo nuestro saber y toda nuestra industria?

"Y les dijo: por eso todo escriba instruido en el reino de los cielos, es semejante á un padre de familias que saca fuera de su tesoro cosas nuevas y viejas...." Esto es: aprended en mi ejemplo cual es el doctor propio para enseñar en mi Iglesia, para ser una guía útil á sus hermanos; debe ser semejante á un sabio padre de familias, que saca de su despensa las cosas viejas, las usadas y las nuevas. Encargado del cuidado de sustentar su casa, este hombre tiene siempre sus provisiones; las unas están ya hechas de mucho tiempo antes de ser necesarias, y de otras tiene que proveer cada día. Este es un modelo de un ministro de la Iglesia, hábil y celoso. No debe jamás dejarse coger de improviso; debe tener una despensa y un fondo de donde saque las verdades necesarias para la subsistencia de su pueblo; debe poseer las verdades antiguas y llenarse cada día de las nuevas: ahora debe servirse de cuanto ha recogido del antiguo Testamento; ahora de lo que cada día medita y aprende del nuevo. Este tierno padre después de haber sacado de estas divinas fuentes, debe con bondad y sin interés presentar á sus hijos la leche y el vino de la sabiduría, según la capacidad de los oyentes, según su necesidad y según la disposición de sus corazones. Debe emplear en instruirlos todas sus luces, todos sus estudios, todo aquello que ha leído en los libros antiguos y modernos, en los autores sagrados y profanos, todo su talento y toda su industria; debe servirse de todos los estilos, de

cuanto hay de mas fuerte y de mas dulce, de mas sublime y de mas familiar, de mas terrible y de mas insinuante, para inculcar las verdades tan importantes de ra religion y de la salud.

PETICION Y COLOQUIO.

¡Oh Dios mio! ¿y por qué no puedo yo responder como los apóstoles: *si Señor? Si, he comprendido estas verdades que me habeis enseñado para mi salvacion: ¿pero si las he comprendido, por qué no las he practicado? ¡Oh alma mia! ¿Estas tú convencida de estas grandes verdades? ¿y cómo podrás dudar de ellas? Es Jesucristo mismo el que te las enseña de una manera la mas clara y la mas preciosa. ¿Pero si no dudas, cual es tu insensibilidad, conformando con ellas tu conducta? ¡Oh divino Jesús! ilumina mi espíritu, ó por mejor decir, abrasa mi corazón, imprime en él profundamente vuestra santa palabra; dignos de comunicarle un amor tal y tal gusto a ella, que la llamo frecuentemente a la memoria y la practique en todas las ocasiones, para que viviendo como verdadero cristiano, no sea desechado en el día de vuestro juicio. Amen.*

MEDITACION CXIX.

JESUS HACE UN SEGUNDO VIAJE A NAZARETH.

San Mat., c. XIII, v. 53, 58.
—San Marc., c. VI, v. 1, 6.

Consideremos aquí: primero, la admiración de los nazarenos; segundo, su escándalo; tercero, la dulzura de Jesús en medio de ellos.

PUNTO I.

ADMIRACION DE LOS NAZARENOS.

Lo primero. *Admiración forzosa que no destruye el odio.* "Luego que acabó Jesús estas parábolas, se fué de allí y vino á su patria, y le seguian sus discipulos; y habiendo llegado el sábado, empezó á enseñar en la Sinagoga; y muchos al oírlo quedaban admirados de su sabiduría, y decian: ¿de dónde á este tanta sabiduría y estos milagros? ¿de dónde á este todas estas cosas? ¿y qué sabiduría es esta que se le ha concedido, y tales maravillas que se obran por sus manos?..."

Jesús acompañado de sus discipulos se partió de Cafarnaüm á Nazareth su patria, no para descansar de sus trabajos, sino para continuarlos. En los días que se juntaba el pueblo se hallaba

en la Sinagoga, y lo enseñaba con una sabiduría, con una autoridad y con una majestad llena de dulzura que por todas partes le ganaba los corazones. . . . Los nazarenos sabian las maravillas que de él se publicaban, lo habian visto tambien obrar algunos milagros entre ellos, y no podian negarle su admiración; pero sus corazones estaban enajenados y no podian ver sin una secreta envidia uno de sus conciudadanos tan distinguido y tan ensalzado sobre ellos. . . . El impío aun hoy día se ve obligado á admirar la doctrina y la moral de Jesucristo, pero la aborrece. . . . El estado en que se hallan ha ya mas de diez y ocho siglos, de una parte el cristianismo y de otra el judaismo; las victorias que la religion cristiana ha conseguido sobre la idolatria hasta aniquilarla en toda la tierra, son para el impío mismo un objeto de admiración; mas él aborrece esta misma religion que se halla forzado á admirar. . . . Pero nosotros admiremos y amemos la sabiduría de Dios y sus obras, su ley y su religion, solas dignas de nuestra admiración y de nuestro amor; fuera de esto, todo es locura, todo es vanidad.

Lo segundo. *Admiración estéril que no muda las costumbres.* Los nazarenos admiraban y no se convertian, y se contentaban con discutir. . . . Nosotros los imitamos demasiado. Todo el mundo discurrir de un predicador célebre, de su talento, de su erudición, de su elocuencia, y ninguno piensa en aprovecharse de las verdades que anuncia. Algunos alaban un libro bien escrito, admiran los pensamientos, el estilo; pero no mudan ni reforman en nada su conducta y no se hacen mejores. Admiración vana que solo sirve para hacernos mas culpables y mas inexcusables. ¡Bacucharíamos por ventura con una admiración igualmente estéril á un hombre, ó leeríamos un autor que nos enseñara los medios de engrandecernos ó de enriquecernos?

Lo tercero. *Admiración maligna que degenera en desprecio.* Los nazarenos exclamaban con una especie de desprecio: ¿de dónde ha sacado este hombre una ciencia tan profunda, una sabiduría tan extraordinaria que acompaña sus palabras y regula sus movimientos? Todo en él es grande, su aire, su aspecto, sus discursos y sus acciones. Por otra parte, hace en todos los lugares una infinidad de milagros: ¿de dónde le ha venido á este, de quién ha recibido él tal doctrina, tal sabiduría, tal potestad de obrar á su arbitrio tantos y tan estupendos prodigios? . . . Sabian ellos sin duda lo que pensaban los escribas y los fariseos; habian oido decir á estos muchas veces que todo esto venia del demonio, y si no se atrevian aun á explicarse tan abiertamente, acaso no estaban muy lejos de pensar lo mismo; por lo menos, aquel aire de espanto que mostraban, aquellas aclamaciones que reiteraban, provenian de un fondo de envidia y de malignidad, y no tenian otra mira que de hacer á apreciar á aquel cuyas maravillas admiraba todo un pueblo

y aun ellos mismos. . . . ¿No ensalzan aun por ventura con un artificio semejante los impíos la grandeza de nuestros milagros ó lo sublime de nuestros misterios, únicamente para hacerlos increíbles ó dignos de desprecio? ¿No se alaban por ventura con un tal artificio y aun con exageración aquellos cuya estimación se quiere destruir en la opinión de los otros? ¿No se celebra muchas veces y aun con admiración de la cloacencia! que un ministro de la Iglesia muestra en sus discursos ó en sus escritos, únicamente para quitarle el mérito y para insinuar que aquella gloria pertenece á otro? ¡Ah! admiremos nosotros y adoremos la doctrina de Jesucristo y hagamos de ella la regla de nuestra fe y de nuestra conducta.

PUNTO II.

ESCÁNDALO DE LOS NAZARENOS.

Lo primero. *Escándalo de orgullo.* "¿Por ventura no es este (dijeron) el artesano? ¿No es este el hijo del artesano? ¿No se llama su madre María? ¿Y sus hermanos Jacobo y Josef y Simon y Judas? ¿Y no están aquí entre nosotros todas sus hermanas? ¿De dónde, pues, á este todas estas cosas? . . . Y quedaban escandalizados de él."

¿Cómo habria podido el orgullo del mundo hacer aprecio y estima de aquel cuya familia era tan poco distinguida segun el mundo? Pero ¡oh sabiduría eterna! justamente para confundir este mismo orgullo del mundo, habeis escogido una tal familia y no habeis tenido á menos el comparecer tal con vuestros discipulos. . . . Este orgullo reina aun en mí, si yo regulo mi estima sobre el esplendor del nacimiento ó sobre los bienes de fortuna, si me glorio de un nacimiento ilustre, ó si me avergüenzo de un nacimiento oscuro, si no quiero reconocer mis parientes porque son pobres, ó si llevo con impaciencia el que se me hable de ellos; si procuro investigar el origen de los otros para igualarlos conmigo ó para ensalzarme sobre ellos; si busco honrarme con correspondencias y amistades de grandes, ó si temo deshonorarme con el comercio de los pequeños. . . . ¡Oh! ¡y cuán afortunada es la familia de Jesús en su medianía! Si, ¡oh María! vos sois su madre; vuestra humildad os ha traído este honor, y esta dignidad os ha ensalzado sobre los ángeles. . . . Afortunado Josef, que en medio de vuestros penosos é inocentes trabajos habeis merecido con vuestras virtudes ser el esposo de María y ser reputado padre de Jesús. ¡Oh afortunada toda aquella familia cristiana en que el trabajo conserva la inocencia, y que sin distinción en el mundo, se distingue delante de Dios por su fe y por su piedad!

Lo segundo. *Escándalo de los nazarenos, escándalo de incredulidad.* Este escándalo es el mas pecaminoso, porque es el mas irracional. . . . Los nazarenos admiraban la doctrina de Jesucristo, convienen sobre la grandeza de sus milagros y rehusan creer en él porque conocen su familia y ven sus parientes entre ellos en una mediana fortuna. . . . ¿Pero esto no prueba evidentemente que su sabiduría y la virtud de los milagros que en él reconocian, no podian venir de otro que de Dios, y que era necesario creer en él? . . . ¿Qué cosa, pues, escandaliza aun hoy á los incrédulos? La pobreza de Jesús, la humildad de su vida, la vergüenza de su muerte, la severidad de su moral, que ellos creen impracticable, lo sublime de los misterios que ha enseñado, que son incomprendibles, la grandeza y el número de los milagros que ha obrado, que á ellos les parecia increíble. . . . ¿Pero si todo esto ha sido creído del mundo entero, si á pesar de todo esto el mundo reconoce á Jesucristo por su Dios, si con todo esto su religion, sin otras armas que su fe y su confianza, ha triunfado de todas las potencias de la tierra, aquello que se toma por un motivo de escándalo, no es precisamente lo que establece la verdad de la fe y nos ofrece unos inconcusos fundamentos? Pero el incrédulo no raciocina; toma el objeto que lo escandaliza y en él fija su mira; no lo abandona, incesantemente lo abraza, sin querer escuchar ni confrontar ó pesar cosa alguna, y de esta manera, ¡oh sabiduría adorable! vuestras maravillas ciegan los orgullosos y llenan de luz y de consolación á los humildes.

PUNTO III.

DULZURA DE JESÚS CON LOS NAZARENOS.

Lo primero. *En sus palabras.* Pero Jesús les dijo: "no está el profeta sin honor sino en su patria y en casa. . . . y entre sus parientes. . . ." Jesucristo solo les responde con este proverbio. . . .

meterse de sí mismo? y de qué no se hace uno reo cuando á la vana alegría de una fiesta mundana, á la abundancia de los manjares, á la magnificencia de espectáculo, se unen las asechanzas de un sexo sin vergüenza, que sabe hacer resaltar su belleza y su gentileza con mudanzas tan inmodestas como brillantes, y aun servirse tambien para engañar de cuanto tiene de encanto una sinfonía y de deleitoso una danza? La hija de Herodias entró en la sala del convite, y allí bailó con tanta gracia, que recibió los aplausos de todos los convidados. Sobre todos quedó encantado Herodes; á su juicio, el mérito de tal danza es superior á todas las cosas, y piensa no poder corresponder suficientemente á la que bailó. En el primer momento de una loca alegría, deja á la elección de la misma que ha de ser premiada, su recompensa, y le promete con juramento que obtendrá cuanto pida, aunque sea la mitad de su reino. [Herodes! ¿dónde está la razon? ¿piensas tú en la figura que haces y á lo que te empeñas? Pero en la embriaguez del placer y de la pasión, á nada se piensa y no se oye ni se siente la razon. Madres cristianas, ¡ah! temed aquellas juntas profanas, donde las promesas y los juramentos han sido muchas veces la ruina de la inocencia, el origen de amargas lágrimas y el oprobio de toda una familia.]

Lo segundo. ¿Cuál fué la proposición? Observemos primero, cómo fué sugerida la petición por la madre y propuesta por la hija: "Y ella luego que salió dijo á su madre: ¿qué pediré? Y ella le dijo: La cabeza de Juan Bautista... y volviendo al punto con prisa al rey, pidió diciendo: Quiero que tú me des luego al punto en un plato la cabeza de Juan Bautista..."

La hija de Herodias, asegurada por el juramento del rey de que obtendría cuanto pidiese, toma solo algunos momentos para deliberar lo que había de elegir, y de la sala del baile pasa á la de su madre para consultarle y saber de ella lo que debía pedir. Esta responde en dos palabras: *La cabeza de Juan Bautista...* [Herodias! ¿te atreves á hacer á tu hija semejante proposición? ¿tendrá tu hija atrevimiento para repetirla? ¿podrá esta ejecutarse en un día destinado á públicas alegrías? ¿qué? ¿tú prefieres la muerte de un hombre justo á la mitad de un reino? ¿este es el cuidado que te tomas por los intereses de tu hija? ¿qué tienes tú de temer de este hombre? él está entre cadenas; pero el rey lo respeta. Y ¿no debes tú por lo mismo temer desagradar á este príncipe? ¡Ah! mientras Herodes quiere colmarte de sus beneficios, ¿tú te sirves de sus promesas contra él mismo para afligirlo? ¿no temes su indignación? ¿no temes que el amor que te tiene se convierta en odio y su complacencia en furor? y tú, hija de la mas cruel entre las madres, no tiembles á una tan bárbara demanda? ¿te atreverás por ventura á hacer al rey proposición tan cruel? ¿no temes deshonnarte á los ojos de una

corte tan numerosa? ¿dejarás pasar una ocasion tan bella de ensalzarte y de enriquecerte? ¿y qué bien te vendrá de la muerte injusta de un inocente oprimido? ¿y á lo menos no pondrás á tu madre alguna dificultad, algun reparo? No; la hija, ya muy semejante á la madre, abandonada á los mismos exoesos, agitada del mismo furor, vuelve luego á la sala, se presenta con desearo á la asamblea, y dice al rey con audacia: *Quiero que tú me des al punto en un plato la cabeza de Juan Bautista.* ¡Qué expresiones! ¡qué horror! ¡qué familia! ¡qué monstruos!

Pero sigamos esta serie de iniquidad y observemos cómo recibe Herodes esta proposición: "Se entristeció el rey; pero por el juramento, y por los convidados... no quiso disgustarla..." Debería haber bramado Herodes de cólera y de indignación, y se entristeció solamente. ¿Era acaso el sentimiento que debía excitar en su corazón una petición tan bárbara, tan injusta, tan indecente y tan poco conveniente á las circunstancias del día y del lugar? ... Habría el querido por razones de política y por una aparente equidad salvar á Juan Bautista; pero la pasión le quitó la fuerza para contristar á la madre y á la hija; por otra parte, la vergüenza de desdecirse, después de un juramento público, y el temor de que el negarla se atribuyese á timidez, se unieron á su complacencia para trinar de su debilidad. ¿Qué idea se formaba Herodes de su religion para creer que un juramento pudiese obligarlo á un delito? ¿qué escrupulo temer el quebrantar un juramento indiscreto é injusto y no temer hacer morir á un inocente tan santo! Temia los discursos de los presentes; pero los cortesanos, que todo lo aprueban en los príncipes, y aun hasta los desórdenes, no se hubieran hecho un deber de alabar su sabiduría y su equidad si lo hubieran visto firme en negarla? ¿no le hubieran dicho que un juramento no puede obligar á lo que es injusto en sí mismo y á lo que está prohibido por la razon, por la naturaleza y por la ley? ¿que su promesa era general, y que solamente había jurado lo que podia segun la ley de la política y de la conciencia? Pero no; la razon decisiva y la verdadera causa de la vana superstición de Herodes, de su ridiculo temor, de tanta franqueza y de tanta vileza, es el amor impuro que reina en su corazón. Transportado de la pasión, teme disgustar aquella que es el objeto, y en tal manera este vergonzoso vicio, que degrada todo corsazan que á él se abandona, hace á este príncipe imprudente, ciego, vil, despreciable, injusto, tímido, inhumano y bárbaro, y de este modo lo conduce á exesos de que se creia incapaz y que acaso poco antes le hubieran causado horror á sí mismo.

Lo tercero. ¿Cuál fué la ejecución? "Y enviado un soldado de la guardia, le mandó traer la cabeza de Juan en un plato..." Y lo degolló en la cárcel y trajo en un plato su cabeza, y la

dió á la muchacha, y la muchacha la dió á su madre..."

He aquí, pues, triunfante la impudicia en la persona de Herodias, si se puede llamar triunfo de la impudencia lo que antes es propio para causar el mayor horror, y lo causara al mismo Herodes. Están puntualmente ejecutados todos los deseos de esta mujer impúdica. La cabeza ensangrentada del profeta está puesta en un plato; en ella se ve de un golpe la crueldad de Herodes, la rabia de Herodias y la insolencia de la hija. Herodes y sus cortesanos no pueden tolerar el espectáculo. La cabeza de Juan fué llevada inmediatamente á las manos de la hija, que lleva este don bábaro á su madre, y esta aparece en ella sus ojos con intrepidez y contento. ¡Qué objeto de complacencia para una mujer! ¡cuántos horrores en pocos instantes! ... Así muere el profeta, así muere el precursor del Mesías víctima de la impureza, así muere el hombre de Dios, el enviado del cielo para preparar los caminos del Señor y restablecer la piedad y la religion de Israel. ¡Oh profundidad! ¡oh abismo! ¡oh conducta impenetrable de la Providencia! ¡Cual nuestra boca, sométase nuestra razon, adora nuestro corazón. En esta muerte se han violado todas las leyes. El predicador de la penitencia es sacrificado á la impureza. Un príncipe ebrio de los placeres y abandonado á la pasión mas vergonzosa, hace perecer en una manera la mas indigna al enemigo declarado de los placeres y del vicio. Lo hace morir en una prision; cosa contraria á la ley de Moisés, que ordenaba que los culpados fuesen ajusticiados en presencia del pueblo; lo hace morir sin haberle hecho proceso, sin haberlo juzgado. En este orden del príncipe todo es bárbaro, todo es bárbaro lo que hace la pasión. En el mismo día en que Herodes ha recibido la vida, la quita á Juan Bautista; celebra el aniversario de su nacimiento con la muerte del mas inocente entre los hombres... Día para siempre memorable, que celebrará el universo hasta el fin de los siglos en execración del cruel Herodes y de sus cómplices y en honor del glorioso y santo precursor.

PUNTO III.

PERTURBACION Y REMORDIMIENTOS DE LA IMPUREZA DE HERODES.

Lo primero. *Su temor que Juan haya resucitado.* "Y llegó á noticia del rey Herodes, porque se habia hecho notorio su nombre, y decia: Juan el Bautista ha resucitado de entre los muertos y por eso obra estos milagros. Otros decian: Elias es. Y otros decian: Profeta es, como uno de los profetas. Y habiéndolo oido Herodes, di-

jo: este es el Juan que yo degollé, que ha resucitado de entre los muertos..."

Herodes quiere sofocar una voz que le reprende su inesto, y ahora se levanta en el fondo de su corazón mil voces y le dan en rostro con su parricidio... San Juan está día y noche presente á sus ojos y cree verlos en todos los lugares. Habiendo llegado á su noticia el estrépito de los milagros que obra Jesús, grita sobrecojido de espanto: *este es aquel Juan que yo degollé...* es el mismo, dice á sus cortesanos, que ha resucitado de la muerte, y por esto obra todos estos milagros. Esa es una segunda vida que Dios le ha dado, con una potestad que no habia tenido en la primera... Mira cómo los santos aun después de su muerte hacen temblar á los malos... Dios venga la inocencia de sus siervos injustamente oprimidos... Si Dios recompensa de este modo la virtud de Juan Bautista, repeta Herodes, ¿qué castigo reservará á mis delitos? Y sus cortesanos buscaban la manera de consolarlo y animarlo... Los unos le decian que era Elias, que era un profeta que obra maravillas, como las habian obrado algunos de los antiguos, y que en este nada lo debia sorprender ni asustar... Pero nada calma los temores de Herodes. No, dice él; "este es aquel Juan que yo degollé: él ha resucitado de la muerte..." Un corazón culpado no puede estar tranquilo y sin remordimientos; siempre toma contra sí el partido de la justicia divina... Puede engañarse en el objeto de sus temores; pero no puede calmarse ni sososegarse... En vano el deshonesto se arma de la impiedad; en vano el impio desaprueba su impudicia; los milagros de Jesús serán siempre el tormento de su corazón... No solamente la reputacion de Jesús, sino tambien su religion, su culto, su divinidad reconocida en todo el mundo, lo oprime con su peso y turba la tranquilidad que afecta... En la corte de Herodes ninguno piensa en el Mesías; la idea hubierá sido aun mas espantosa que la de Juan resucitado... ¡Ah! no imitemos estos ciegos endurecidos; reconozcamos á nuestro Salvador por las obras de su potencia; si acaso estamos en el pecado, cedamos á nuestros remordimientos; reuerramos á su misericordia; si su gracia nos ha preservado ó librado, démosle infinitas gracias y supliquémosle que continúe á sostenernos en los caminos de la inocencia ó de la penitencia.

Lo segundo. *Su embarazo en saber quién es Jesús.* San Lucas refiere el paso precedente de un modo diferente. Nos dice que solo dudando, Herodes tetaraca dijo á sus cortesanos que Juan Bautista habia resucitado... Pero esta version de San Lucas no es menos instructiva para nosotros... "Y llegó á noticia de Herodes tetaraca (dice este evangelista) todo aquello que Jesús hacia, y él estaba con el ánimo suspenso, porque decian que Juan habia resuci-

tado de los muertos, y otros que había aparecido Elias, y otros que uno de los antiguos profetas había resucitado, y Herodes decía: yo degollé a Juan; ¿pero quién es este de quien oigo decir tales cosas?...”

Herodes era alternativamente el juego de sus mismos pensamientos y de las diferentes opiniones de sus cortesanos. Algunos pensaban como él que había resucitado Juan Bautista, otros decían que se esperaba a Elias y que al parecer empezaba a dejarse ver; otros, finalmente, pensaban que en general podía ser alguno de los antiguos profetas. Herodes, venciendo algunas veces el temor que tenía de Juan Bautista, recurría al sistema impio de los saduceos de que los muertos no pueden resucitar, que el alma es material y que todo muere con el cuerpo.... He hecho yo cortar la cabeza a Juan Bautista, iba diciéndolo entre sí mismo; yo he visto su cabeza separada de su cuerpo; él ha muerto; no puede, pues, ser él.... Pero después de haberse asegurado de este modo contra la resurrección de Juan y de los otros profetas muertos ya de mucho tiempo, no estaba mas tranquilo. Los milagros se obraban, subsistían, se publicaban....

¿Quién, pues, es este, añadía este príncipe, de quien oigo decir cosas tan estupendas, tan maravillosas? Esto es lo que deseaba saber, esto es lo que lo tenía embarazado, y esto es lo que servía de empuje a todos los impíos hasta el fin de los siglos y los atormentará hasta la muerte.... Si, impíos, negad todo lo que queráis, sofocad todos los sentimientos internos de vuestra conciencia, renunciad a las luces mas puras de vuestra razón, siempre quedará qué saber quién es aquel de quien se cuentan tantas maravillas, quién es aquel que ha fundado la religión cristiana, que ha desterrado la idolatría de la tierra, que ha hecho gustar a los hombres una moral tan pura y los ha persuadido verdades tan sublimes.... ¡Ah! Señor, ¿quién sois vos?... Vos sois mi Dios y mi Salvador, en quien solo se halla la santidad y la paz, la verdad y la vida: fuera de vos todo es pecado, corrupción, agitación y desesperación.

Lo tercero. *Su deseo de ver a Jesucristo.* “Y buscaba ocasión de verlo....” ¿Qué cosa era este deseo en Herodes? Este no era un deseo de conocer la verdad, de instruirse de sus obligaciones, de corregirse de sus excesos, sino de satisfacer a su curiosidad, de calmar las agitaciones de su conciencia y de consolidarse mas en sus órdenes.... Vino el tiempo en que vio a Jesús, no como él deseaba, sorprendiendo los hombres con prodigios de su potencia, sino como él lo merecía, cegado a los judíos orgullosos con el misterio escondido de sus humillaciones. Lo vio, y por un juicio digno de él y por un castigo digno de Dios, no conoció otra cosa que locura en la sabiduría encarada.... ¡Ah! ¿qué cosa es aun ahora este deseo en los impíos? Nos dicen

estos que querían ver a Jesús y sus milagros; ¡deseo hipócrita y lleno de impiedad! Si quisieran, lo verían con nosotros en su Evangelio, en su moral, en sus promesas, en sus amenazas, en su religión, en su Iglesia, en el sacramento de su cuerpo, en la fe, en la oración, en el recogimiento y en la pureza del corazón.... Aquí el hombre fiel, el alma pura busca ver a Jesús, y lo ve en efecto cual Jesús quiere que lo veamos. Aquí nosotros lo vemos con una vista proporcionada a nuestro estado; pero llena de luz, de paz y de consolación. Nosotros lo vemos de una manera que lo honra, que atrae sus gracias y merece sus recompensas. Vendrá un día en que todos lo veremos, no ya haciendo milagros para probar su Evangelio, sino ejercitando su justicia para recompensar aquellos que no habrán creído en él.

No os vengaís de tal modo, ¡oh Señor! de mis resistencias y de mi poca fe, antes bien triunfad con vuestra gracia: hacéme gustar las verdades santas que no puede gustar el hombre carnal, para que no me escandalice jamás del sufrimiento de vuestros siervos, ni me atemorice si aun me debo exponer a sufrir por vuestro nombre.

Y vos, ¡oh Juan Bautista! el mas grande y el mas santo entre los hombres el amigo del esposo, el mérito de la pureza, sed mi protector contra las pasiones que os han ocasionado la muerte; alcanzadme la gracia de acordarme en el tiempo de mis tentaciones de aquella palabra saludable que tantas veces y tan inútilmente salió de vuestra boca, repitiendo a Herodes: *No te es lícito á ti: no te es lícito á ti....* para que representándome á mí mismo mis obligaciones, pueda triunfar del enemigo de mi salud y participar de la gloria que os corona en el cielo. Amen.

MEDITACION CXXI.

PRIMERA MULTIPLICACION DE LOS PANES.

S. Mat. c. XIV, v. 13, 21.
—S. Mar., c. VI, v. 23, 44.
—S. Luce, c. IX, v. 10, 17.
—S. Juan, c. VI, v. 1, 13.

Esta multiplicación de los panes se puede mirar como una figura de la comunión Pascual, considerando en ella: primero, el fervor con que es necesario prepararse; segundo, la fe con que es necesario recibirla; tercero, los frutos que se deben sacar de ella.

PUNTO I.

DEL FERVOR CON QUE ES NECESARIO PREPARARSE PARA LA COMUNION.

Los discípulos de san Juan después de haber dado sepultura a su Maestro, fueron á encontrar

á Jesucristo á Cafarnaum, donde había vuelto, y le contaron lo que ya por sí mismo sabía.... “Y viniendo sus discípulos (de Juau), cogieron su cuerpo y lo sepultaron, y fueron á dar la nueva á Jesús.” Oyó este divino Salvador con bondad y ternura las circunstancias trágicas de la muerte de su precursor y consoló á sus afligidos discípulos.... Los apóstoles, de su parte, también fueron á dar cuenta á Jesucristo de los trabajos y del éxito de una misión que habían hecho. El los instruyó y los animó.... Quiso procurarles algunos momentos de descanso; pero este breve intervalo fué para él una continuación de trabajo. Cafarnaum no era un lugar propio para el reposo. La casa donde habitaba Jesucristo estaba siempre llena de gente, y ni él ni sus discípulos tenían el tiempo preciso para tomar un poco de alimento.... “Y les dijo: venid aparte á un lugar solitario, y reposad un poco....” Subieron, pues, en una barca, y el desierto escogido por Jesucristo fué el de Bethsaida, á la otra parte del mar de Galilea ó de Tiberiades, llamada también el lago de Genesareth. Bethsaida estaba situada al Oriente del lago, continuando hacia el Setentrion, y el desierto estaba á alguna distancia de la ciudad, hacia el Mediodia.... Jesús tenía en este viaje otro designio mas profundo que no les descubrió á los apóstoles.... “Estaba próxima la Pascua....” Y es verosímil que quisiese en esta ocasión darles una imagen de la Pascua cristiana, en que bajo la figura del pan se había de comer el Cordero de Dios sacrificado. Aprovechémonos de cuanto sucede en estas circunstancias para nuestra instrucción, y observemos primeramente el fervor del pueblo.

Lo primero. *Este fervor consiste en el desear y buscar á Jesús.* Advirtió el pueblo que Jesucristo se había embarcado y vió la dirección y el camino que llevaba; se esparció la voz en las ciudades vecinas, y luego una multitud inmensa de pueblo, hombres, mujeres, niños y enfermos de toda suerte de males; todos resolvieron seguirlo y alcanzarlo á la otra parte del lago, pasando para ello el Jordan. Algunos usaron tanta diligencia, que lo previnieron; vió Jesús con placer esta multitud que lo había prevenido; salió de la barca, y mientras esperaba que se juntase todo el pueblo.... “subió sobre un monte, y allí se sentó con sus discípulos....” y este fué todo el reposo que tuvieron. No tardó Jesús en bajar de nuevo á la llanura, donde lo esperaba aquella innumerable multitud con una especie de impaciencia.... ¿Tenemos nosotros el mismo fervor que este pueblo en buscar á Jesús y en disponernos á recibirlo para nuestro alimento? ¡Ay de mí! ¿qué negligencia! ¿qué desgan! ¿Cuántos lo reciben sin gusto, sin deseo, sin preparación? ¿cuántos por un mínimo pretexto se dispensan de recibirlo? ¡Ah! el fervor vence todos los obstáculos; nada encuentra penoso ni imposible.

Lo segundo. *Este fervor consiste en tener una*

entera confianza en Jesucristo. “Habiéndose juntado este pueblo en la llanura del desierto, se halló un número de cinco mil hombres, sin las mujeres y niños....” Lo que los había traído era la confianza que tenían en la bondad y en la potencia de Jesucristo, que hacia tantos milagros para el alivio de los miserables y enfermos.... ¿Y en quién otro mejor podían ellos ponerla? La confianza en este divino Salvador es un medio seguro para obtener las gracias: “habiendo, pues, Jesús alzado los ojos y visto cómo una grande turba venía á él.... tuvo de ella compasión.... porque estaban como ovejas que no tienen pastor....” Ello es cierto que estos pueblos no tenían la idea que deberían haber tenido de Jesucristo, y que el motivo que los trajo no fué tan perfecto como debiera haber sido.... Pero ¡oh, cuántas cosas sabe perdonar Jesucristo en aquellos que lo buscan con deseo y confianza!

Lo tercero. *Este fervor consiste en oír las instrucciones de Jesucristo.* Habiendo bajado este tierno Pastor hacia el pueblo, “empezó á enseñarles muchas cosas....” Habló de pués á las diferentes tropas que lo rodeaban; á las unas después de las otras, para que todas participasen de sus instrucciones. La instrucción fué larga y en ellas se trataron muchas materias que pertenecían al reino de Dios; esto es, la penitencia, la fe en el Mesías y el establecimiento de la Iglesia. ¡Oh, con qué atención, con qué ansia escuchaban á Jesucristo! En el santo tiempo que precede á la Pascua cristiana, la Iglesia multiplica sus instrucciones; ¿pero cómo nos aprovechamos nosotros de ellas? Debemos atender con mas frecuencia á la lección espiritual, á la meditación, á la oración en todo este tiempo santo y todas las veces que nos disponemos á recibir la santa comunión. ¿Pero cómo la practicamos?

Lo cuarto. *Este fervor consiste en pedir y recibir la santidad de Jesucristo.* Después de las instrucciones, segun la costumbre.... “sonó los enfermos....” Tal debe ser el fruto de la instrucción.... Antes de comer el pan celestial, debe cada uno probarse á sí mismo, examinar el estado de su alma, presentarse á Jesús en la persona de sus ministros y exponerle su enfermedad para obtener la salud.

PUNTO II.

DE LA FE CON QUE ES NECESARIO RECIBIR LA COMUNION.

Lo primero. *Sus dificultades.* Si no hay misterio que requiera mas fe que el de la divina Eucaristía, tampoco Jesucristo puso jamás á mayores pruebas la fe de sus apóstoles, que cuando les quiso dar una imagen sensible de este adorable Sacramento. Desde la mañana, cuando lle-